

LOCALIZACIÓN Y DESPLAZAMIENTOS EN LA NOVELA PASTORIL ESPAÑOLA

EL estudio de la novela pastoril aún no ha dado sus frutos. Contrastando con los demás géneros o especies novelísticas no ha tenido la suerte de suscitar el interés de los historiadores de la literatura. La primera obra de conjunto, la de Rennert, es muy poco satisfactoria. La lista de obras que analiza resulta incompleta; su análisis peca de superficial y además está plagado de valoraciones acrónicas, subjetivas, malhumoradas.

En opinión de Pfandl la novela pastoril habría llegado a un breve florecimiento seguido de una decadencia prolongada —juicio que no tiene en cuenta el que algunas de las primeras obras del género resultan estéticamente más anodinas que las pertenecientes al siglo XVII—. En el primer tomo de *Orígenes de la Novela* Menéndez y Pelayo examina cuatro novelas pastoriles de las más conocidas. Tampoco llega a plantear el problema de cómo se explica el éxito logrado por el género en la literatura española y sólo en ella. Obras publicadas en nuestros días tampoco toman en consideración el problema que queremos plantear.

Aunque el bucolismo viniese a inundar todas las literaturas europeas a partir de fines del XV, fuera de España sólo dos países produjeron novelas, las cuales quedaron sin embargo completamente aislados dentro de la literatura respectiva. Me refiero a la *Arcadia* de Sannazaro y a la *Astrée* de Honoré d'Urfé. Por cierto, la *Arcadia* italiana es reconocida como fuente común por muchos autores de novelas pastoriles españolas. Sin embargo, las dos novelas no se imitan ni se continúan en las literaturas de aquellos países. En las demás literaturas, inglesa, alemana, holandesa, se saluda con entusiasmo la aparición de la *Diana* de Montemayor, pero sin insertarla en las tradiciones literarias de aquellas naciones. En resumidas cuentas, ninguna literatura, a excepción de la española, llega a constituir la novela pastoril como género. Allí será cultivada durante un siglo en el que surgieron más de una docena de obras sin contar las de tipo mixto. Carecemos de un análisis estructural y sincrónico de la novela pastoril española, pero antes de lanzarse a esta empresa me parece indispensable plantear y resolver el problema del surgimiento y de la perduración de un género, cuyas áreas se limitan a la literatura española.

La novela pastoril forma parte de un sistema de novelería que incluye las

formas y los tipos más diversos. Conviene, pues, preguntar hasta qué punto la novela pastoril se asimila a la corriente novelística del XVI y del XVII. No cabe duda: España fue la madre de la novela moderna. Después de la novela caballeresca floreció la cortesana y erótica a partir de mediados del XV. En el transcurso del XVI surgen otros tipos novelísticos, el de aventuras, la novela picaresca, al lado de la pastoril. A pesar de las profundas diferencias existentes entre ellas, tienen como rasgo común el afán de localización y el dinamismo migratorio. Todas las novelas pastoriles son perfectamente localizables en el mapa español, lo mismo que la novela picaresca y la de aventura del tipo de *Persiles y Sigismunda*. Además los héroes pastoriles comparten con los demás el impulso de desplazarse y recorrer buena parte del territorio hispánico.

No va más lejos la semejanza de los diferentes géneros de novelas que se encuentran en la España de entonces. En la novela de aventuras como en el *Persiles* cervantino, el motivo de todos los movimientos espaciales es el voto de los protagonistas de abrazar el catolicismo en Roma. El tema del voto ya se registra en las novelas griegas. Muy diferente es el empuje de los pícaros andariegos que pululan por las carreteras españolas. Por Cervantes sabemos que se aprecia la profesión militar por el gusto de recorrer España y otros países, pero también nos revela la novela máxima que muchos criados despedidos de sus amos buscan su pan y su suerte en las migraciones. Se añaden los tipos inclinados a fechorías y a crímenes, el hampa, los pícaros, que tienen motivos muy urgentes para abreviar su permanencia en el mismo lugar.

A partir de mediados del XVI, la crisis económica que empezó a arruinar las clases acomodadas llega hasta abajo transformando y empeorando el nivel de vida popular. Es evidente que todos aquellos motivos son inaplicables a la novela pastoril, que obedece a impulsos muy diferentes.

Los pastores pasan con sus rebaños de una provincia a otra, para escapar del frío invernal de la montañas del Norte y substraerse a los excesos de calor corrientes en el centro y mediodía de España. De modo que la costumbre de trashumar forma el fondo de realidad en las novelas pastoriles. Ahora bien: en España la profesión pastoril en aquellos siglos gozaba del favor especial de los gobiernos, en oposición a la agricultura completamente abandonada. La penuria de metálico incitó a los gobernantes a concentrar la economía nacional en la producción de lana que tenía una salida inmediata en el extranjero. La fabricación y el restablecimiento de las manufacturas habría supuesto subvenciones continuas y eficaces por parte de un Estado para el que la bancarrota fue el clima normal de su existencia.

La Mesta, asociación de pastores, fue dotada de privilegios excepcionales, entre otros el de la jurisdicción propia. Los oficiales de la junta llamados entregadores vigilaban las cañadas, es decir las vías de trashumación y las protegían de la aspiración de los cultivadores a ensanchar sus tierras y ocupar las cañadas reservadas a los rebaños trashumantes. La Mesta podía incluso condenar a muerte por un juicio sumarísimo a los agricultores que osaban atentar contra sus privilegios y apoderarse para cultivarlas de tierras sometidas a la jurisdicción mesteña. Los privilegios de la Mesta disfrutaron del favor de la realeza, la cual aspiraba a centralizar todas las actividades económicas. Aunque una parte de la lana estuviese destinada al uso dentro del reino, prevaleció el interés financiero. Lo importante era el pago inmediato de la lana por parte de los comerciantes extranjeros. Se ha dicho, no sin razón, que las consecuencias económicas del monopolio de la Mesta fueron desastrosas, tanto para la agricultura como para la actividad industrial, es decir las manufacturas. Sin embargo, es injusto juzgar la política económica del XVI con la pauta de las ideas fisiocráticas del XVIII.

Los asociados de la Mesta juraban eterna amistad. Su posición privilegiada les procuraba la estimación pública, mientras se desdeñaba a los agricultores. Los pastores estaban exentos de servicios militares. El pacifismo, tema profundamente renacentista y erasmista, podía cifrarse en la vida de los pastores. Se debe notar que las apologías escritas en favor de la Mesta recurrían al bucolismo para sostener su tesis.

López de Bravo, autor del libro *De rege et regnandi ratione* (1627) dice entre otras cosas: "Pastoris labor aequo laudibus, majoribusve effert... Pana enim vocat, quasi omnium dator numen sibi agentibus adscriptum". Caja de Leruela, entregador de la Mesta en la época de su decadencia, publicó en 1631 un libro llamado *Restauración de la abundancia de España*. El único recurso para el objeto sería la restauración del antiguo monopolio de la Mesta. También evoca a Pan, Dios protector de los pastores. Cuando Pan murió, Cristo precedido ya por los pastores del Antiguo Testamento aceptó el cargo de socorrer a éstos. Tal es el entronque del noble oficio pastoril para cuyo elogio se movilizan todos los resortes de la mitología. No nos interesan en este contexto las reformas que Caja de Leruela propuso con el fin de reducir las propiedades de ganados a un término medio y garantizar la igualdad de todos los asociados. La presencia de conceptos mitológicos en las alegadas apologías de la Mesta hace surgir la cuestión de una posible influencia recíproca, es decir el problema de si la reminiscencia de la Mesta entraba como factor decisivo en el género literario de la novela pastoril.

Podemos aventurar la tesis de que la novela pastoril corresponde en cierta manera al poder social y económico concentrado en la Mesta hasta fines del XVI.

En un principio la literatura de aquel siglo brinda cierto número de testimonios que comprueban el sitio destacado que ocupaba la Mesta en la mente española de entonces. En la égloga dirigida por el Bachiller de la Pradilla a Carlos V hay la alusión siguiente:

“Después que un tal Señor
 Conoscamos sernos dado
 Que todo llegará a fuer de pastor;
 Y aun tamaño,
 Que si alguien le desplugiere,
 Adoquier que se acojere
 Tien mal año.”

Gabriel Alonso de Herrera, en su *Agricultura General* (1513), recuerda el ilustre entronque de la profesión pastoril. Aludiendo a la trashumación pregunta: “¿Cómo se hubiera podido sostener nuestros numerosísimos rebaños en Castilla, mientras sus pastos están cubiertos de nieve en la Extremadura y la Mancha cuando los abrasan los ardores de la canicular?”

Lorenzo Ortiz, en su curioso libro intitulado *Ver, oír, gustar*, de 1687 presenta un determinado tipo del que dice: “Estos son los que en las obras del ingenio se hacen jueces de Mesta y tantean los términos a la discreción”. Aún en pleno XVIII se compuso una obra de forma novelística y con un fondo económico. Me refiero al manuscrito *El pastor serrano celoso por su ganado mesteño*, escrito en 1747 por un tal Romero del Álamo. Es una ardiente apología de todos los privilegios de la Mesta.

De otra parte en la novela pastoril se acogen ciertos términos que tenían un empleo técnico en la organización mesteña. La palabra “cañada” se emplea en el primer libro de la *Galatea*: “viniendolos tres pastores con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abajo”. Otros términos usados para señalar la organización mesteña son también del dominio de la novela pastoril. El pastor responsable de un millar de cabezas se llamó *mayoral*, denominación continuamente usada en la novela pastoril. Otro tanto pasa con los términos de hata y manadas, subdivisiones del rebaño, cuyo pastor estaba asistido por cuatro zagales o rabadanes, palabras corrientes en la novela pastoril. En el *Pastor de Filida* se reproduce la jerarquía pastoril, cuando se dice: “Los rabadanes tenían mayoresales, los mayoresales pastores y los pastores zagales”. Pero hay más. Las alusiones a las migraciones y a la trashumación son bastante frecuentes.

Torquemada, en su coloquio pastoril de 1552 dice:

“Y como las cosas no pueden estar siempre en su ser, passándose este tiempo comenzó a acercarse aquel en que nos era forzado hacer mudanza, porque la aspereza del viento cierzo, acarreado las heladas y nieves, y el viento ábrego hinchando el cielo de nubes, que con grandes avenidas de aguas nos amenazaban, nos pusieron a todos en cuidado de baxar los ganados a la tierra llana.”

Es de notar como se enlaza con la trashumación el tema melancólico de las despedidas y separaciones, tema que suele formar los núcleos de la acción novelística.

Es un tópico que se repite en la *Diana* de Montemayor y casi al pie de la letra en la novela de González Bobadilla:

“O tiempo renovador de sucesos humanos y causador de mudanzas pues en tan pocos años que estuvo Florino ausente de su tierra sucedieron tan varios y notables casos...”.

La ruta de los pastores de la *Diana* de Montemayor empieza en las montañas de León, cerca del río Ezla, sitio de donde arranca una cañada continuada hasta el Duero y más adelante hasta el Tajo, no muy lejos de la frontera portuguesa. Todas estas etapas se registran en esta obra capital del género.

Nos contentaremos con trazar las rutas de otra novela pastoril desconocida por completo. Me refiero a la primera parte de las *Nimphas y Pastores de Henares*, salida de las prensas en 1587. El autor Bernardo González de Bobadilla se titula “Estudiante en la insigne Universidad de Salamanca”. En el prólogo se revela el afán de localizar espacialmente la acción de la novela. Dice el autor proceder de las Islas Canarias confesando que de España no conoce más que Salamanca. Pero un compañero suyo nacido en Alcalá de Henares le había hecho una descripción tan viva de aquellos sitios que podía elegirlos por escena de su novela.

En el libro quinto acompañamos a un pastor trashumante que al pasar por sitios desconocidos es muy amistosamente atendido:

“por ser ya recibida costumbre, para conservar mejor la paz y conformidad de todos los ganaderos y zagales de tierras diversas, que de las riberas del caudaloso Betis, Pisuerga, Henares y Tajo van a las orillas de Tormes, al fin de otoño para pasar a Extremadura”.

De tal forma se esboza el doble movimiento migratorio de los pastores.

Con el bochorno estival abandonan Andalucía para pasar a regiones más frescas y montañosas, situadas en el centro y en el norte de la Península. En otoño tornan a las provincias cuyo clima es más benigno en invierno. La solidaridad que caracteriza la conducta de un grupo o gremio apartado, les acompañará en sus andanzas y migraciones.

Montalvo, autor del *Pastor de Filida*, localiza su novela como otros tantos autores en las orillas fértiles del Tajo. De todas partes afluyen pastores:

“Paréceme, que de España lo mejor se recoge en estas selvas. Esto puedes creer, dixo Finea, que aunque lo natural dellas es bueno, todos esos ricos pastores que hoy has visto y esas pastoras de tanta gracia y hermosura, cuál es del Ebro, cuál del Tormes, *Pisuerga, Henares, Guadiana, y algunos de donde, mudando nuestro Tajo el nombre, se llama Tejo*; pero como el sitio es tan acomodado a la crianza del ganado, muchos que aqui vienen por poco, se quedan por mucho...”

En efecto, todos aquellos pastores debían atravesar el Tajo cruzado por tres cañadas importantes. Constituye una etapa importante para las migraciones en sendas direcciones.

Bien es verdad que la novela pastoril, a pesar de su arraigue geográfico, pinta figuras y tipos más bien imaginados que reales. Pero ya hemos visto la estima en que se tenía la vida privilegiada de los pastores. Sus caminos, que fueron las cañadas, se apartan de los demás derroteros y caminos de modo que no corrían el peligro de ser contagiados por la muchedumbre de gentes muy poco recomendables, que bullían en las carreteras de España.

El ya citado Caja de Leruela recomendaba la reconcentración pastoril de España. Tal recurso remediaría muchos males:

“las bandadas de muchachos mendigos y desnudos, que salen de los lugares grandes, y pequeños a pedir limosna a los pasajeros, y el ejercicio de esportilleros que hay en la Corte y otras partes porque no saben los padres ocupar a sus hijos: estos que antes eran la mayor riqueza de un padre de familias (porque les repartía la guardia de sus ganados, encargándole a cada uno la especie acomodada a sus fuerzas y edad) ahora es el mayor peso y embarazo que los labradores tienen. ¡O miserable siglo! en que la mayor pobreza y desdicha mayor de un padre es tener hijos y en que los mismos que quisieran trabajar están ociosos”.

Con la espera de restituir a la Mesta su antiguo poder, se vislumbra el retorno al siglo de oro, perdido por la merma del oficio pastoril.

En el cuadro de una breve comunicación como ésta, fue inevitable prescindir del estudio de muchos aspectos y tal vez de los más importantes de la novela pastoril: su carácter de novela de clave y cortesana, el significado

de los episodios novelísticos y, sobre todo, la feria permanente que inauguraba para la exhibición de muestras poéticas y concursos líricos. Sin embargo, es de rigor entablar la cuestión del surgimiento y establecimiento de un género literario, antes de preocuparse de su confección estructural y del sentido que pueda cobrar en la historia de las ideas.

WERNER KRAUSS

Deutsche Akademie der Wissenschaften, Berlin